

La civilización del espectáculo

Javier Brun

Título:

La civilización del espectáculo

Autor:

Mario Vargas Llosa

Editorial:

Alfaguara

Fecha de publicación:

2012

Idioma:

Español

Número de páginas:

232

Lo primero de todo sería prevenir, a quien se vea tentado a leer el último trabajo de Mario Vargas Llosa e intentar sacar el máximo partido de él, de que es preciso acercarse a esta obra libre de prejuicios sobre el autor. Es cierto que casi nadie pone en tela de juicio su calidad literaria, pero no es menos cierto que una parte importante de los profesionales de la cultura —al menos entre los españoles que se alinean con posiciones progresistas— siente una fuerte animadversión hacia su figura.

Vargas Llosa es, ante todo, un intelectual de altura, comprometido con la defensa de la libertad en todos sus frentes, como nos demuestra semana a semana con sus colaboraciones periodísticas en el diario *El País*. Por ello, su posicionamiento social no debería verse reducido a caricaturas que solamente tienen en cuenta la libertad de los mercados dentro de un más amplio concepto de *liberalismo* que él representa.

Y como sucede en los intentos de etiquetado que se hacen sobre su figura, también este libro se nos puede antojar contradictorio, si bien ese calificativo reflejaría una autojustificación de cómo algunos se enfrentan a la heterodoxia.

Lo que sí es cierto es que es difícil que este ensayo —trufado con una recopilación de artículos periodísticos de los últimos años— deje indiferente a nadie. Ahora bien, como le ha ocurrido a quien escribe estas líneas, la última sensación será ese *no sé qué pensar* que resulta incómodo para quienes buscamos habitualmente leer textos que nos reafirmen en nuestras convicciones preestablecidas.

La obra, cuyo título parafrasea el trabajo de Guy Debord, *La sociedad del espectáculo* (pero con intenciones diametralmente distintas), bien podría haberse titulado *Cambalache*, pues, no en vano, su principal tesis viene a coincidir con el conocido tango de Discépolo: la banalización de la cultura, y de su mano, de la sociedad en su conjunto, política incluida.

Desde las palabras de Debord «El espectáculo es la dictadura efectiva de la ilusión en la sociedad moderna», el autor traza el camino hasta sus consecuencias actuales «La ilusión de la mentira convertida en verdad (...) ha copado la vida social, convirtiéndola en una representación en la que todo lo espontáneo, auténtico



y genuino —la verdad de lo humano— ha sido sustituido por lo artificial y lo falso» (p. 18).

Y no le falta razón al escritor al denunciar muchos de los desmanes a los que ha conducido una frívola lectura de la creación y la cultura, dominada por la dictadura del *mainstream*: «(...) La cultura-mundo, en vez de promover al individuo, lo aborrega, privándolo de lucidez y libre albedrío, y lo hace reaccionar ante la "cultura" imperante de manera condicionada y gregaria, como los perros de Pavlov ante la campanita que anuncia la comida» (p.23); y por un cierto relativismo: «Un tiempo en que el desplante y la bravata, el gesto provocador y despojado de sentido, bastan a veces, con la complicidad de las mafias que controlan el mercado del arte y los críticos cómplices o papanatas, para coronar falsos prestigios, confiriendo el estatuto de artistas a ilusionistas que ocultan su indigencia y su vacío detrás del embeleco y la supuesta insolencia» (p. 46).

Algunos de los párrafos que resultarían más controvertidos son los que arremeten contra la democratización de la cultura: «(...) Esta loable filosofía ha tenido el indeseado efecto de trivializar y adocenar la vida cultural, donde cierto facilismo formal y la superficialidad del contenido de los productos culturales se justificaban en razón del propósito cívico de llegar al mayor número. La cantidad

a expensas de la calidad» (p.30) y, especialmente, «La ingenua idea de que, a través de la educación, se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo la "alta cultura", pues la única manera de conseguir esa democratización universal de la cultura es empobreciéndola, volviéndola cada día más superficial» (p. 8).

Al leer algunas de estas afirmaciones y otras que reflejan su decepción por un *paraíso cultural extinguido*, nos parecería estar revisitando a un Visconti que llora por la decadencia de una sociedad que desaparece. Se podría también afirmar que el autor no tiene en consideración que, frente a la alta cultura que parece abanderar y anhelar y frente al entretenimiento que parece dictar su ley, hay también una cultura, elaborada, que bebe de las fuentes de lo tradicional y popular, reescribiéndolo, y que representaría una tercera vía que omite en su texto.

Pero Vargas Llosa, lejos de abandonarse a la melancolía, nos enriquece con no pocas reflexiones que parten de la cultura y afrontan, sin apriorismos, temas como el erotismo, la religión, la sobreabundancia informativa y otros muchos frentes que, sin duda, constituyen un interesante punto de partida para quien quiera *poner a cero* sus ideas preconcebidas sobre el papel que juega la cultura en la sociedad actual.